

El capitán Niriz, ha sido enviado junto al almirante Thrawn y el Destructor Estelar Imperial *Amonestador* a las Regiones Desconocidas en una misión de exploración. Allí se encuentran con una raza de primitivos pero ambiciosos alienígenas. Niriz, poco feliz con la forma en la que Thrawn está manejando la situación, deberá tomar una difícil decisión de mando.



Decisión de mando

Timothy Zahn

Versión 1.0

12.09.13



Título original: *Command Decision*

Autor: Timothy Zahn

Ilustraciones: Doug Shuler y Mike Vilardi

Publicado originalmente en *Star Wars Adventure Journal 11* y republicado en *Hyperspace*.

Publicación del original: Noviembre 1996

2 años después de la batalla de Yavin

Traducción: Javi-Wan Kenobi

Revisión: Bodo-Baas

Edición: Bodo-Baas

Base LSW v2.0

Declaración

Hacía una docena de saltos que habían salido de los Mundos del Núcleo, adentrándose en los Territorios del Borde Exterior, con sus bárbaros monstruos no humanos y su desprecio apenas velado por la gloria y la benevolencia que personificaba el Imperio. Hacía cuatro saltos que habían dejado atrás incluso esa pálida caricatura de la civilización para entrar en la región escasamente cartografiada denominada Espacio Salvaje. Ahora, con ese último salto, el Destructor Estelar Imperial *Amonestador* había dejado detrás incluso eso.

Ante ellos se extendían las Regiones Desconocidas. Tras ellos estaba el Imperio. Y, a todos los efectos prácticos, sus carreras arruinadas.

—Informe de sensores delanteros, capitán —exclamó un oficial desde la trinchera de tripulación de estribor—. No hay señales de naves espaciales.

—Recibido —dijo el capitán Dagon Niriz, escudriñando por el ventanal del puente el oscuro sol rojo que brillaba en la distancia cercana. Los moribundos rescoldos de una estrella una vez gloriosa. Qué tremendamente simbólico—. Lancen un escuadrón de cazas TIE —ordenó—. De acuerdo con las órdenes del almirante.

—Sí, señor.

Escuchó unos pasos junto a él.



—Bueno, ahí está —comentó el General Larr Haverel—. Nuestro nuevo destino. Parece muy atractivo, ¿no es así?

—No se ve muy diferente de una muerte lenta —dijo Niriz sin rodeos.

—Sí —murmuró Haverel—. Supongo que una muerte lenta es lo que sucede cuando te encuentras en el lado equivocado de la política del Palacio Imperial.

Niriz asintió con amargura. Él mismo había visto cómo sucedía, una y otra vez: intrigas y pendencias entre asesores, consejeros y aduladores de la corte imperial, compitiendo siempre por la atención y el favor del Emperador. La tensión entre dos bandos podía a veces ir creciendo durante años, y estallar de repente y terminar en cuestión de días o incluso horas; el perdedor y sus aliados terminaban ejecutados o —si los vencedores se sentían particularmente

indulgentes ese día— enviados al exilio en un mundo perdido como Abregado o Tatooine.

Y el almirante había estado justo en medio del juego, según decían los rumores, jugando con entusiasmo y un cierto grado de finura. Si había terminado obteniendo esta misión de exploración y cartografía en las Regiones Desconocidas, debía de haber perdido a lo grande.

Pero eso no era razón para que Niriz y Haverel, y el resto de la tripulación del *Amonestador*, tuvieran que perder con él. Ninguna razón en absoluto.

Por el rabillo del ojo, Niriz vio que los oficiales de la trinchera de tripulación de estribor se ponían rígidos, pasando su atención a popa. Niriz se quedó donde estaba, mirando las formas oscuras de los cazas TIE mientras se realineaban en formación de búsqueda, hasta que oyó las suaves pisadas detrás de él en la pasarela de mando.

—Almirante —dijo, volviéndose sólo entonces.

Era, en efecto, como había conjeturado, el almirante Thrawn.

—Capitán —dijo el almirante con esa voz suya tan cuidadosamente cultivada—. Informe.

—Hemos llegado, señor —dijo secamente Niriz, mirándolo con la mezcla de fascinación y repugnancia que había seguido a Thrawn desde que el capitán Voss Parck lo encontrara en algún planeta perdido aquí en las Regiones Desconocidas y llevara a la Corte Imperial. Con forma básicamente humana, la piel azul y los brillantes ojos rojos de Thrawn mostraban sin embargo a las claras su condición de alienígena. Y al Emperador no le gustaban los alienígenas.

Parck debería haber sido sancionado o ejecutado al instante por ese tipo de arrogancia. La única razón por la que no había sido así era que Thrawn, al parecer, había resultado ser un estratega bastante competente. Le habían dado formación de Academia privada, ascendiendo a una velocidad espectacular entre las filas, y, en última instancia, se le había nombrado oficial de mando.

El Emperador había tolerado su presencia. Por qué, Niriz nunca lo sabría. Pero para la inmensa mayoría del resto de la corte su presencia era intolerable.

—Sí, ya lo veo —dijo Thrawn con sequedad, mirando momentáneamente sobre el hombro de Niriz con esos ojos brillantes—. Pero esos cazas ya deberían estar más lejos a estas alturas. ¿Cuánto tiempo después de nuestra llegada ordenó su lanzamiento?

—Inmediatamente, señor —dijo Niriz, tratando de mantener la voz educada. Tanto si le gustaba este trabajo como si no, seguía siendo un oficial imperial, y obedecía órdenes—. Puede que haya habido algún problema con la lista de comprobación previa al lanzamiento; los tripulantes no están acostumbrados a tratar con los hipermotores de estos nuevos exploradores TIE.

—Si es así, es una deficiencia que necesitan corregir —dijo Thrawn—. Práctica de lanzamiento, capitán, a partir de ahora. Ocúpese de ello personalmente, por favor.

Niriz apretó los dientes.

—Sí, señor —consiguió decir, llamando la atención del oficial de comunicaciones—. Diga al comandante Parck que acuda al puente.

—Sí, señor.

Niriz miró a Thrawn, con un pequeño toque de rencorosa satisfacción parpadeando a través de él. Puede que Parck no hubiera sido sancionado en el acto, pero los enemigos de Thrawn no lo habían olvidado. El que llegó a ser capitán de su propio Destructor Estelar clase *Victoria*, había sido sumariamente despojado de ese mando, degradado a comandante, y puesto a bordo del *Amonestador* como primer oficial de Niriz. Lo tenía bien merecido.

El almirante le observaba con una expresión indescifrable en su rostro alienígena.

—Tengo entendido, capitán, que no considera que esta misión valga la pena.

—No, señor, no lo creo —dijo Niriz, bajando desacostumbradamente la voz para mantener sus palabras fuera del alcance de los oídos del personal en las trincheras de tripulación. Las diferencias entre los oficiales superiores no eran de la incumbencia de las filas inferiores—. Si se me permite hablar libremente, creo que es una completa pérdida del tiempo, la energía y los recursos del Imperio. Con los informes de disturbios apareciendo por todo el Imperio, enviar aquí en servicio de mapeo un Destructor Estelar totalmente equipado es simplemente estúpido.

—Tal vez —dijo Thrawn. Si se sintió ofendido por la audacia de Niriz, su expresión no lo demostró—. Por otro lado, el Imperio es una entidad viva. Todas las entidades vivientes deben crecer si quieren sobrevivir.

—Hay un montón de espacio para el crecimiento dentro de nuestras fronteras —respondió Niriz—. Tiene que haber cientos de mundos allá a los que casi no hemos mirado siquiera.

—El Cuerpo de Exploración puede lidiar con eso —dijo Thrawn con un dejo de desdén—. Las Regiones Desconocidas son el futuro del Imperio, Capitán. Es lógico que la Flota Imperial lidere el camino.

Niriz se mordió la lengua. Thrawn le estaba buscando el lado bueno, eso debía concedérselo. Tal vez incluso se había convencido a sí mismo de que, de hecho, no había perdido la última pelea política.

—Por supuesto —dijo en voz alta—. Señor.

Un movimiento en el arco que conducía al puente de popa atrajo su atención: el comandante Parck había llegado.

—Con su permiso, almirante, comenzaré con las prácticas de la tripulación de hangar.

—Muy bien, Capitán —dijo Thrawn, con sus ojos de nuevo en el paisaje estelar exterior—. Que se concentren por el momento en ejercicios previos al lanzamiento. No creo que vayamos a estar más de una hora o dos en este sistema, y no quiero que los TIEs se queden fuera cuando estemos listos para saltar.

—Sí, señor —dijo Niriz. Pasando junto al alienígena de piel azul, se alejó airadamente por la pasarela de mando, hirviendo en silencio para sí mismo. Enviar al capitán de la nave a ocuparse personalmente de las tripulaciones de cazas TIE era casi tan

degradante como una bofetada en la cara en público. No era de extrañar que Thrawn hubiera conseguido que le exiliasen ahí. El único misterio era por qué los cortesanos imperiales habían tardado tanto tiempo en hacerlo.

***

Estaban en su decimoquinto sistema cuando encontraron su primera señal de vida inteligente. O mejor dicho, cuando ella los encontró a ellos.

—Hay tres, capitán —informó el oficial de sensor—. De unos veinticinco metros de largo: aproximadamente del tamaño de una fragata aduanera Oracaiana. Configuración no reconocible; armamento desconocido.

—Recibido —dijo Niriz, de pie en la pasarela de mando con Thrawn y Parck y mirando a la nave espacial que se acercaba. Un diseño extraño, pero con la forma compacta y de aspecto ágil de los cazas. Un escuadrón de cazas TIE ya estaba saliendo del hangar, con un segundo escuadrón en espera—. Control de TIEs: ordene al escuadrón de avanzada que les advierta para que retrocedan.

—Aborte esa orden —dijo Thrawn antes de que el oficial pudiera confirmarla—. El escuadrón de avanzada debe asumir una formación de escolta abierta por delante del *Amonestador*. Oficial de comunicaciones, enlace la señal externa a mi comunicador.

Sacó el cilindro comunicador de uno de los bolsillos del pecho de su túnica.

—Confío en que se dé cuenta de que esas naves de ahí probablemente estén armadas —le advirtió Niriz.

—Oh, estoy seguro de que lo están —convino Thrawn.

—Entonces, ¿no deberíamos hacer algo al respecto? —preguntó Niriz, tratando de no perder la paciencia.

—Estamos en alerta total de batalla —le recordó Thrawn—. Por ahora, eso debería ser suficiente. —Levantó su intercomunicador y lo activó con el pulgar—. Nave espacial no identificada, al habla la Nave Colonia de Alderaan *Amonestador*. Si nos entiende, por favor responda.

Apagó el comunicador.

—¿Nave *Colonia*? —repitió Niriz con el ceño fruncido.

—Somos una vista bastante imponente —señaló Thrawn—. No quiero que nuestro tamaño los espante.

Niriz miró a los cazas que se acercaban. No sólo el almirante no quería pelear, ni siquiera quería preocuparlos. Tal vez cambiase de opinión cuando volaran la superestructura de mando.

—¿Y pretende que entiendan básico?

—Están lo suficientemente cerca del Espacio Salvaje para haberse topado con comerciantes o traficantes del Imperio —dijo Thrawn—. Si no es así, sé un par de idiomas más que podemos probar.

De pronto, el puente se llenó de ruidosa estática.

—Hola, Nave Colonia —dijo una voz siseante—. Soy Creysis, gobernante de este sistema y señor de todo lo que veo. ¿Cómo os atrevéis a invadir mi reino sin mi permiso?

—Más naves —dijo el oficial de sensores—. Procedentes de detrás de esa pequeña luna a babor. Veinte… treinta… treinta y ocho en total. Una nave más grande, del tamaño de un carguero pesado, apareciendo detrás de ellas.

—Lancen el segundo escuadrón TIE —ordenó Niriz—. Y que dos escuadrones más se preparen inmediatamente.

—Aborten esa orden —dijo Thrawn de nuevo—. Que el escuadrón de avanzada se retire a formación de escolta cerrada.

—Señor, le recomiendo encarecidamente que lo reconsidere —dijo Niriz, con una mano apretada en un puño frustrado. ¿Este alienígena de piel azul no entendía *nada* de tácticas estándar?—. Todo el propósito de una pantalla de cazas es enfrentarse al enemigo a una distancia segura y obligarlo a revelar su armamento.

—Estoy al tanto de eso, gracias —dijo Thrawn, centrando claramente su atención sobre la flota que se aproximaba—. No se preocupe, no van a atacar. No hasta que tengan una mejor idea de *nuestras* capacidades.

Encendió su comunicador de nuevo.

—Nuestras disculpas, Creysis —dijo—. No nos dimos cuenta de que estábamos molestando. Nos iremos de inmediato, por supuesto, tan pronto como nuestras naves de exploración estén de nuevo a bordo.

La estática regresó.

—Acepto sus disculpas —siseó Creysis—. ¿Qué es lo que buscan?

—Un nuevo hogar para nuestros colonos —dijo Thrawn—. Uno en el que no nos entrometamos con usted o cualquier otra persona, por supuesto. ¿Por casualidad sabe de algún mundo como ese?

—Puede ser —dijo Creysis—. Tal vez deberíamos encontrarnos personalmente para una conversación.

—Eso sería muy generoso de su parte —dijo Thrawn—. ¿Puedo ofrecer la hospitalidad del *Amonestador* para una reunión?

—Como muestra de mi confianza, iré —dijo la voz siseante—. Haré que preparen mi transporte de inmediato.

—Espero ansioso reunirme con usted —dijo Thrawn—. Hasta pronto. —Apagó el comunicador y lo devolvió al bolsillo de su pecho—. Ordene que dos TIEs permanezcan fuera para escoltar a nuestro visitante hasta el hangar —instruyó al oficial de control de cazas—. El resto regresará al hangar, pero permanecerá en estado de alerta. Todas las estaciones seguirán en disposición de combate.

—Sí, señor.

—Comandante Parck, usted se quedará aquí —continuó Thrawn—. Capitán Niriz, venga conmigo. Tenemos preparativos que hacer antes de que lleguen nuestros huéspedes.

***

Niriz no esperaba que Creysis fuera tan ingenuo como para subir solo a bordo de una nave desconocida, y tenía razón. Cuando el chillido penetrante de los cohetes de aterrizaje alienígenas a base de gas se desvaneció finalmente, había cinco naves alienígenas descansando en la cubierta de la bahía de hangar Número 3: cuatro de los cazas que habían encontrado en primer lugar formando un cuadrado alrededor de una nave más pequeña, para una única persona.

O, más bien, para un único alienígena. El ser que surgió era grande, desgarbado, y —en opinión de Niriz— bastante repugnante. Su deforme cabeza carecía de pelo y nariz, con ojos ovalados que parecían estar colocados demasiado separados en su cara y una boca arrugada rodeada de tentáculos ondulantes, como gusanos. Desde lejos su piel parecía rosada; de cerca, Niriz pudo ver que se trataba en realidad de un fondo de color blanco cremoso cubierto por un patrón de delicadas líneas rojas entrecruzadas. Iba vestido con un largo chaleco de pieles de animales de pelaje oscuro cosidas en un patrón aparentemente al azar. Pendiendo de una cuerda alrededor de su cuello había un colgante de oro con forma de lágrima doblada, salpicado de gemas de colores; atada visiblemente a su costado había una gran arma de mano.

—Soy Creysis —siseó mientras avanzaba pesadamente por la cubierta hacia los imperiales que lo esperaban—. ¿Quién está al mando?

—Yo —dijo Thrawn, dando medio paso adelante—. Me llamo Thrawn. Este es el capitán Niriz, al mando del *Amonestador* en sí mismo.

—Ah —dijo Creysis, deteniéndose a dos metros de distancia. Por un momento, los gusanos de su boca se movieron con un poco más de fuerza, tal vez muestreando olores o sonidos—. ¿Cuántos colonos tienen?

—Cuarenta mil —dijo Thrawn—. Más siete mil miembros de la tripulación que dirige la nave. ¿Sabe de algún planeta cercano que podríamos colonizar?

—No tan rápido, ojos rojos —dijo Creysis, estrechando sus ojos hasta convertirlos en rendijas—. ¿No va a honrarme con un regalo antes de hablar?

—Por supuesto —dijo Thrawn, señalando a uno de los soldados que esperaba unos metros más atrás. El otro se adelantó y entregó al almirante una pequeña caja—. Veo por su colgante que aprecia las cosas bellas —dijo Thrawn, abriendo la caja y sacando de ella una escultura dorada delicadamente tallada—. Por favor, acepte esto como una muestra de nuestro honor para con ustedes.

—Es muy bonita —dijo Creysis, sin hacer ningún movimiento para tomarla—. Pero mi deseo era un regalo diferente.

—Mis disculpas —dijo Thrawn—. ¿Tiene alguna sugerencia?



—Uno de esos. —Creysis levantó su brazo derecho, lo dobló con fuerza, y señaló con el codo hacia uno de los cazas TIE que aguardaban preparados.

Thrawn negó con la cabeza.

—Lo siento, pero no puedo darle uno de estos —dijo—. Tenemos un número limitado de naves de exploración, y el camino que tendremos que tomar antes de llegar a nuestro destino final sigue siendo muy incierto. Si eso calmara sus sentimientos, sin embargo, podría ofrecerle una segunda o incluso una tercera escultura. Tenemos muchos de estos artículos a bordo para su uso como productos de comercio.

—Eso no será necesario —dijo Creysis. Una vez más, los gusanos de su boca oscilaron; luego, con un gesto complicado que parecía comenzar en las caderas y recorrer todo el camino hasta la parte superior de los hombros, se adelantó y cogió la escultura de las manos de Thrawn—. Tal vez cuando se hayan asentado en su nuevo mundo tendrán una nave de exploración de sobra para mí.

—Tal vez —dijo Thrawn—. Aunque eso, por supuesto, dependerá de la rapidez con la que encontremos tal mundo.

—Por supuesto —convino Creysis—. ¿Tiene una lista de parámetros para el mundo que busca?

—Convocaré al Consejo de Colonos de inmediato —dijo Thrawn—. Estoy seguro de que será capaz de elaborar una lista adecuada.

—Prepárela según le convenga —dijo Creysis, dando un paso hacia su transporte—. Asegúrese de que es exactamente lo que quiere. Cuando esté lista, puede traérmela a mi nave de mando. —Los gusanos temblaron—. Cuando venga, asegúrese también de estar dispuesto a hacer un trato.

—¿Qué quiere decir con un trato? —preguntó Niriz.

Creysis lo miró.

—¿Espera obtener un mundo de forma gratuita, cabeza blanca? —resopló, convirtiendo sus siseos en una forma de desprecio—. Si desean que yo acorte su viaje, deben pagar por la información.

—Entiendo —le aseguró Thrawn—. El Consejo de Colonos llegará completamente preparado para tratar con usted.

Los gusanos de la boca se tensaron por última vez, y luego Creysis dio media vuelta y volvió rápidamente a su nave. Thrawn hizo un gesto a los imperiales para que retrocedieran, y con otra violenta ráfaga del gas de los cohetes de aterrizaje, las cinco naves alienígenas se alzaron de la cubierta y se dirigieron a la compuerta de entrada del hangar.

—¿Evaluación, capitán? —preguntó Thrawn.

—Obviamente son primitivos —resopló Niriz, fuertemente tentado de citar para sí mismo el viejo dicho imperial de que todos los no humanos eran primitivos—. Ropa de piel de animal, unida bastante al azar.

—Sin embargo, las líneas de costura eran rectas y utilizaban un hilo delgado —dijo Thrawn—. Yo diría que la falta de uniformidad en el patrón era probablemente parte del estilo. ¿Algo más?

—No parecen tener repulsores —dijo Niriz—. Pero lo compensan en armamento. Conté por lo menos diez cañones láser en cada uno de esos cazas.

—Diez cañones, sí —dijo Thrawn—. Pero sospecho que no más de dos de ellos eran en realidad láseres. Las puntas de los otros ocho parecían más adecuadas para armas de proyectiles o incluso sensores enfocados. ¿Qué hay de nuestro visitante en sí mismo?

Niriz miró a las naves alienígenas que partían, con tremendas ganas de decir a Thrawn que nada de eso importaba realmente demasiado. Pero algo en el tono o las formas del almirante exigía una respuesta reflexiva.

—Muy confiado —dijo—. Arrogante, incluso. Típico de un líder bárbaro, tanto si tiene algo para respaldar sus bravatas como si no. No pretenderá en serio enviar una delegación a su nave, ¿verdad?

—Él ha estado dispuesto a venir aquí —señaló Thrawn—. Negarse a la reciprocidad puede ser tomado como un insulto.

Niriz resopló.

—Me imagino que puede adivinar lo mucho que *eso* me preocupa.

—Además, estamos aquí para explorar —dijo Thrawn—. Esta es nuestra oportunidad de aprender más acerca de esta gente, y quizás aprender algo sobre las inmediaciones.

Niriz hizo una mueca, pero Thrawn estaba en lo cierto.

—¿Puedo recomendar, señor, que por lo menos tratemos de averiguar a qué nos enfrentamos? Tenemos tres lanzaderas de asalto con equipos sensores y de sigilo a bordo; permítame enviar una de ellas a la parte posterior de esa luna y ver cuántas naves tiene Creysis.

—Si esa fuera realmente su base principal, eso nos podría decir algo —convino Thrawn—. Pero no lo es. Dígame, capitán, usted ha estado tratando de cerca con los

pilotos de TIE del *Amonestador* estos últimos días. ¿Hay alguien en particular a quien consideraría especialmente bueno bajo el fuego?

Niriz frunció el ceño; el repentino cambio de tema le había dejado momentáneamente fuera de juego.

—El teniente Klar es muy bueno —dijo—. Excelente piloto, muy frío.

—Que él y otros dos pilotos de TIE se presenten en mi sala de mando dentro de una hora —dijo Thrawn—. Y que el general Haverel elija a seis de sus soldados para reunirse conmigo en ese mismo tiempo. Los mismos criterios.

Seis hombres especialmente buenos bajo el fuego. El mítico Consejo de Colonos de Thrawn, sin lugar a dudas.

—Sí, señor —dijo Niriz rígidamente—. Si se me permite otra sugerencia, almirante, creo más bien que este podría ser el momento para una demostración de fuerza. Una lanzadera de asalto con un o dos escuadrones de soldados de asalto a bordo, tal vez, más un ala completa de TIEs para escoltarlos.

—Recomendación anotada, capitán —asintió Thrawn—. Lleve a cabo sus órdenes.

Niriz apretó brevemente los dientes.

—Sí, señor.

Asintiendo de nuevo, Thrawn se volvió y se dirigió caminando a paso ligero hacia el arco que conducía del hangar propiamente dicho a la amplia zona de servicio y mantenimiento detrás de él. La actividad bulliciosa parecía abrirse a su paso, con los técnicos e ingenieros de servicio apartándose con respeto de su camino y, en la mayoría de los casos, mirando furtivamente detrás de él al pasar.

Murmurando una maldición en voz baja, Niriz se volvió y se dirigió hacia los turboascensores. No le gustaba nada de esto, pero el servicio en la Flota Imperial no era algo que se hiciera en función del estado de ánimo que tuvieras ese día. Él y el *Amonestador* tenían asignada una misión, y si eso significaba aguantar a un caprichoso comandante alienígena, entonces simplemente tendría que soportarlo.

Al menos, por ahora.

***

—Tres de los cazas alienígenas han aparecido desde el lado oscuro de la luna —informó el oficial del sensor—. Moviéndose alrededor de la lanzadera y la escolta de cazas TIE, y colocándose en una formación de escolta exterior.

—Recibido —dijo Thrawn—. Mire a ver si hay más.

—Si no se han dormido todos de aburrimiento… —murmuró Niriz al general Haverel, de pie junto a él. Él y Haverel habían suministrado el personal que Thrawn había solicitado, dentro del límite de tiempo de una hora especificado por el almirante. Pero, por alguna razón inexplicable, Thrawn había tardado otras tres horas para poner toda esa charada en movimiento y en el espacio.

Pero ahora estaban finalmente fuera. Y con los cazas alienígenas escoltándolos a su alrededor, el juego había comenzado. Con seis soldados, una lanzadera de largo alcance clase *Zeta*, y tres irremplazables cazas TIE expuestos en la línea de apuestas.

Y junto a ellos, el comandante Parck. Niriz contempló las distantes estelas de los motores de las naves imperiales y los motores más débiles de los cazas alienígenas que volaban junto a ellos, aún sin creer que Thrawn hubiera asignado una tarea tan arriesgada a un hombre que se suponía que era su amigo, o al menos a su aliado. Pero, de todas formas, tal vez Thrawn no lo viera de esa manera. Mentes alienígenas: ¿quién sabía realmente cómo funcionaban?

—La nave de mando de Creysis ha hecho su aparición —continuó el oficial—. También viene de detrás de la luna. Parece que se ha abierto un hangar justo detrás y debajo del morro.

Presionados fuertemente contra el costado de la pernera de su pantalón, los dedos de Niriz frotaban nerviosamente la tela mientras observaba como la lanzadera Parck maniobraba hacia la abertura oscura. En las últimas tres horas, la deriva del *Amonestador* le había llevado a una distancia considerable de la luna que era la base de Creysis. Si el alienígena estaba planeando alguna traición, pasarían preciosos minutos antes de que el Destructor Estelar o sus cazas TIE pudieran llegar a ayudar.

Había señalado eso a Thrawn hace una hora, sugiriendo que, al menos, redujeran parcialmente la distancia. El almirante había respondido con algún sinsentido acerca de no asustarlos, y había hecho caso omiso de la recomendación.

Al igual que había ignorado todas las demás sugerencias que Niriz había hecho sobre toda esa operación. ¿Realmente podía ser tan imprudente o incompetente?

¿O tal vez tenía alguna agenda privada?

El resplandor de los motores de la lanzadera Zeta desapareció en el hangar alienígena.

—Que regrese la escolta —ordenó Thrawn. El oficial confirmó la orden, y un instante después los tres TIEs comenzaron a trazar una curva lejos de la nave de mando…

Y en ese momento, los cazas alienígenas atacaron de repente. Abandonando su formación de escolta exterior, se colocaron detrás y alrededor de los tres TIEs, escupiendo por sus láseres brillantes rayos de fuego rojo.

—¡Acción evasiva! —espetó Niriz—. Timonel: avante toda. Rumbo de intercepción.

—Anule esa orden —dijo Thrawn. Su voz todavía era tranquila, pero había tomado un matiz cortante y helado—. Avante punto uno.

—¿Punto uno? —repitió Niriz, girando para mirar al otro—. Almirante…

—Se supone que somos una nave colonia, capitán —dijo Thrawn—. Las naves colonia no están diseñadas para la aceleración rápida.

—¡Al diablo con eso! —gruñó Niriz, girando de nuevo para mirar los TIEs asediados. Dos de ellos iban por delante de sus perseguidores, lenta pero constantemente distanciándose de ellos. Pero el tercero había sido más lento en la salida y se estaba quedando peligrosamente atrás—. Mirad detrás de vosotros —murmuró Niriz en voz baja

a los otros pilotos de TIE. Sin duda, los otros dos pilotos se daban cuenta de que su camarada estaba en problemas—. ¿Por qué no devuelven el fuego?

—Porque yo les di órdenes de que no lo hicieran —le dijo Thrawn con frialdad—. Timonel, avante punto dos.

—¿Usted *qué*? Almirante…

—¡Le han dado! —gritó el oficial del sensor.



Niriz giró de nuevo hacia la ventana. El panel solar de estribor del TIE retrasado se había desintegrado en una bola de fuego salvaje, y el caza se retorcía salvajemente mientras su piloto luchaba por recuperar el control. Tuvo éxito; pero el esfuerzo le costó demasiada velocidad, y el resto de su insuficiente ventaja. Mientras Niriz observaba impotente, tres de los cazas perseguidores pulularon a su alrededor como una bandada de quamilla atacando a un redjik lisiado. Hubo un destello múltiple de garfios de abordaje, y luego todo el grupo dio la vuelta al unísono en una curva cerrada hacia la nave de mando de Creysis.

Niriz maldijo por lo bajo, midiendo la distancia con la mirada. Ahora que tenían su premio, el resto de los cazas alienígenas había abandonado su persecución de los otros dos TIEs y se dirigían de vuelta a casa.

La nave de mando también se volvía para huir; pero si Thrawn daba toda la potencia a los motores del *Amonestador* en ese momento, todavía podrían ser capaces de atrapar a los cazas y al TIE dañado antes de que consiguieran entrar…

—Timonel, avante punto dos cinco —ordenó Thrawn.

Niriz se volvió hacia el almirante, con la pura furia ante las indiferentes chapuzas de Thrawn luchando contra la etiqueta militar inculcada en él por cuatro generaciones de servicio familiar a la flota. La etiqueta ganó, pero por poco.

—Almirante Thrawn —dijo, con voz casi firme—. Entiendo su reticencia a revelar nuestra verdadera naturaleza ante estos alienígenas. Pero ya es suficiente.

Los ojos brillantes de Thrawn tal vez brillaron con un poco más de fuerza ante la palabra *alienígenas*. Pero cuando habló, su voz estaba tan calmada como siempre.

—En realidad, capitán, no creo que usted llegue a entenderlo —dijo—. Los otros dos TIEs regresarán en breve; por favor, vaya a la estación de comunicaciones del puente de popa y compruebe su estado.

—Almirante, la nave de mando se está alejando —informó el oficial de sensor—. Treinta y ocho cazas se han unido a ella, todas las naves que vimos antes. Están formando en una configuración de pantalla de vuelo alrededor de la nave de mando.

—¿Cuál es su velocidad?

—Uno-seis-cinco.

—Timonel, aumente nuestra velocidad a uno-seis-tres —ordenó Thrawn.

Niriz dio un paso más cerca de Thrawn.

—¿Qué pasa si saltan a la velocidad de la luz? —gruñó.

—Los estamos observando —le aseguró Thrawn—. Si saltan, tendremos su vector. Pero no creo que lo hagan. —Levantó una ceja de color negro azulado—. Creía que iba a comprobar los cazas TIE.

En otras palabras, podía marcharse.

—Recibido, almirante —espetó.

Se volvió y caminó por la pasarela de mando, cruzando el arco hacia el puente de popa. Se volvió hacia la estación de comunicaciones…

—¿Puedo hablar con usted, capitán?

Niriz se volvió. El general Haverel estaba de pie al otro lado del puente de popa, entre el turboascensor y la plataforma holográfica. Su rostro estaba tenso por la ardiente ira.

—¿Qué ocurre, general? —preguntó Niriz, dando un paso hacia él.

—Creo que usted lo sabe tan bien como yo, señor —dijo Haverel, señalando bruscamente con la cabeza hacia el puente principal—. Tengo seis soldados a bordo de esa lanzadera. Seis buenos soldados. ¿Sabía usted que Thrawn insistió en que fueran allí desarmados? Ni blásters de bolsillo; ni siquiera cuchillos.

—No sabía eso —dijo Niriz pesadamente—. Pero no puedo decir que me sorprenda. Está tratando de mantener la ilusión de que somos una inofensiva nave colonia.

—¿De verdad? —preguntó Haverel—. ¿O todo esto es algo completamente distinto?

—¿Cómo qué?

—Como que tal vez haya hecho un trato privado con este pirata Creysis —dijo Haverel sin rodeos.

Niriz sintió que sus ojos se estrechaban.

—Debe estar usted bromeando.

—¿Lo estoy? —respondió Haverel—. Observe los hechos Thrawn acepta enviar un contingente para hablar con Creysis; pero en lugar de enviarlo de inmediato, lo retiene durante tres horas. Mientras tanto, tiene la lanzadera Zeta *y* uno de los cazas TIE encerrados en el área de mantenimiento Número Seis con unos cincuenta técnicos pululando por todas partes.

Niriz lo miró, con una sensación de frío en el estómago. No había oído nada acerca de ningún trabajo realizado en la lanzadera.

—¿Qué TIE fue?

—¿Tiene que preguntarlo? —dijo Haverel sombríamente—. El que los alienígenas capturaron.

Niriz miró hacia delante, al almirante que permanecía de pie, solo en la pasarela de comando, de espaldas a ellos. El hombre que de hecho había organizado personalmente todo esto.

Y que ahora estaba permitiendo deliberadamente que las naves enemigas les ganasen terreno.

—No creo que nos haya traicionado —dijo, volviendo a mirar a Haverel. Sin embargo, las palabras sonaron huecas incluso para sí mismo.

Y obviamente también para Haverel.

—¿Qué otra opción hay? —preguntó con rabia el general—. Les ha dado una lanzadera Zeta, un caza TIE, ambas naves probablemente cargadas hasta los topes con tecnología adicional, y ahora está dejando que escapen. *Y* con ocho de nuestros hombres como prisioneros, como premio extra.

Niriz se quedó mirando la espalda de Thrawn, con el peso de cuatro generaciones de servicio negando que tal flagrante traición fuera posible en un prominente oficial de alto nivel.

Pero contra eso estaba el peso de la evidencia real.

—¿Por qué haría eso?

—¿Quién sabe? —murmuró Haverel, agitando una mano en un brusco gesto de rechazo—. Es un alienígena. Aún peor, es un alienígena de aquí mismo, de las Regiones Desconocidas. Quizás ya hace años que conozca a este Creysis… puede que incluso haya preparado esta farsa de antemano. Eso no importa. Lo que importa es lo que vayamos a hacer al respecto.

La sensación de frío en el estómago de Niriz se convirtió en hielo afilado.

—¿Qué quiere decir? —preguntó con cautela.

—Ya sabe lo que quiero decir, capitán —dijo Haverel—. Estoy diciendo que la única oportunidad que tienen esos hombres de ahí fuera es que relevemos a Thrawn del mando.

—En otras palabras —dijo Niriz en voz baja—, está sugiriendo un motín.

Un músculo de la mejilla de Haverel tembló.

—Estoy sugiriendo que el Imperio y nuestros juramentos han sido traicionados —dijo—. Y estoy sugiriendo que es nuestro deber arreglar las cosas.

—¿Mediante traición?

—Ese crimen ya ha sido cometido —insistió Haverel—. Y no por nosotros. Todo lo que vamos a hacer es recuperar el *Amonestador* para el Imperio.

Niriz volvió a mirar de nuevo a Thrawn. El peso de cuatro generaciones de servicio…

—Vamos a darle un poco más de tiempo —dijo al fin—. A lo mejor… no sé. Tal vez entre en razón.

—Es demasiado tarde para eso —dijo Haverel amargamente—. Ciertamente es demasiado tarde para los hombres buenos que envió ahí fuera para morir.

Niriz respiró hondo.

—Somos guerreros de la Flota Imperial —recordó Haverel. Y se lo recordó a sí mismo—. Es nuestro deber morir cuando la situación lo requiere.

Por un momento, los dos hombres se miraron el uno al otro.

—Está bien, capitán —dijo Haverel al fin—. Haga lo que tenga que hacer. Yo haré lo mismo.

Se volvió y caminó hacia el turboascensor. Se dio la vuelta cuando la puerta se cerró, mostrando a Niriz una fugaz visión de su expresión implacable, y luego desapareció.

Con un suspiro de cansancio, Niriz se acercó a la estación de comunicaciones. Los dos TIEs habían regresado a salvo, le informó el control de hangar, y los pilotos estarían disponibles para hablar con él en pocos minutos. Esperó hasta que hubieran descendido de sus cazas, confirmó que ninguno estaba herido y que ninguno de los cazas había resultado dañado, y les ordenó que se presentasen para dar su informe.

Cerró la comunicación, y durante unos minutos más se quedó donde estaba, pensando en lo que había dicho Haverel y luchando una silenciosa batalla en su interior. Pero realmente sólo había una única decisión posible. Volviendo al puente principal, avanzó por la pasarela de mando.

Pareció un paseo más largo de lo habitual antes de que llegara junto a Thrawn.

—Capitán —dijo el almirante, con su suave voz habitual—. Informe.

—Ambos TIEs han regresado sanos y salvos —dijo Niriz, contemplando las naves alienígenas que huían. Incluso en el poco tiempo que había estado fuera, habían logrado aumentar notablemente su distancia—. ¿Cuál es el estado de Creysis?

—Sin cambios —dijo Thrawn—. Los alienígenas han aumentado su velocidad a uno-siete-dos. Estamos manteniendo la persecución en uno-seis-tres.

Menos de una cuarta parte de lo que el *Amonestador* podía hacer en realidad.

—Probablemente Creysis esté desguazando tanto la lanzadera como el caza TIE en este mismo momento —dijo—. Supongo que lo sabe.

—Sí.

—Posiblemente esté desguazando al comandante Parck y su delegación, también.

Thrawn negó con la cabeza, un movimiento casi imperceptible de la cabeza.

—No, no los habrá perjudicado aún. La simple prudencia lo dicta. Tampoco los habrá llevado lejos de la lanzadera.

Niriz frunció el ceño. Había pensado que lo primero habría sido un viaje inmediato al centro de detención de Creysis.

—¿Por qué dice eso?

—Porque uno o más de ellos podrían llevar cámaras de transmisión —dijo Thrawn—. Hasta que tenga una mejor idea de nuestro nivel de tecnología, no correrá el riesgo de mostrarnos su nave de mando más de lo necesario.

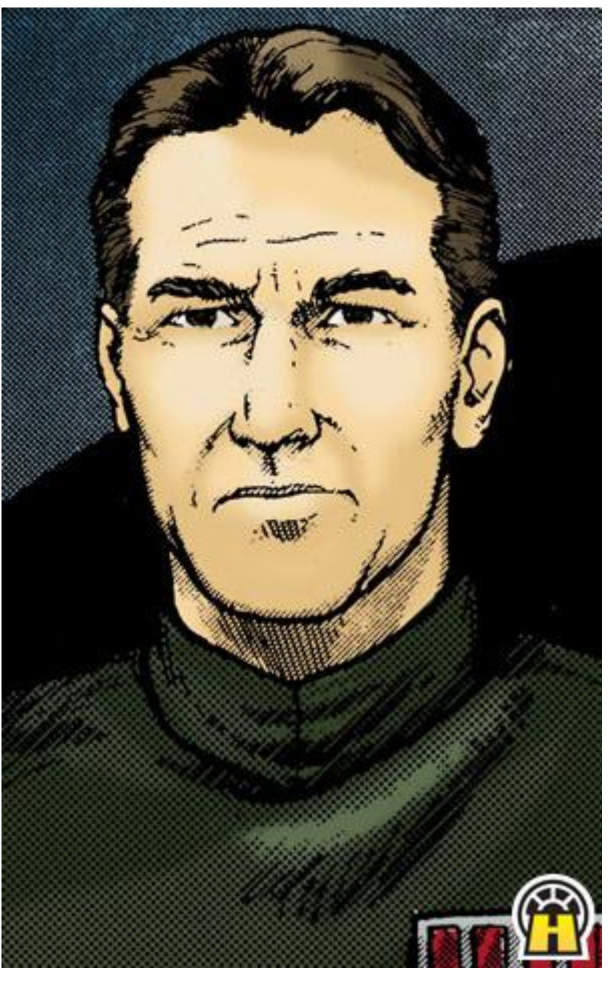
—Tal vez —dijo Niriz—. Por otro lado, entre la lanzadera y el caza TIE, es de suponer que aprenda todo lo que necesite sobre nosotros y nuestra tecnología.

Thrawn asintió.

—Es de suponer.

Niriz contempló aquel rostro alienígena, hirviendo de frustración en su interior. Allí estaba él, tratando desesperadamente de dar al almirante hasta el último beneficio de la duda. Y sin embargo, allí estaba el almirante, admitiendo con desvergonzada franqueza lo mal que había manejado toda esa operación. ¿Acaso *deseaba* que lo relevasen del mando?

—Lo que en última instancia se reduce a una simple cuestión de confianza —dijo Thrawn en voz baja—. Si confía en mí, personalmente; si confía en los oficiales que aprobaron mi ascenso al rango de almirante; si confía en el Emperador y en su decisión de ponerme al mando aquí.



Niriz hizo una mueca.

—Habría sido más fácil si no hubiera mencionado eso último.

Thrawn se volvió hacia él y, para sorpresa de Niriz, el almirante sonrió. Una débil sonrisa enigmática, pero una sonrisa no obstante.

—Nunca suponga que las cosas son necesariamente lo que parecen, capitán —dijo—. Sobre todo cuando se trata del Emperador. —Los ojos brillantes relucieron—. O de mí.

Niriz apartó los ojos de esa mirada penetrante que no pestañeaba. Las dudas de Haverel sobre la lealtad de Thrawn pasaron por su mente, junto con sus propias preguntas sobre una agenda privada. O tal vez el problema era algo más inocente, pero no menos peligroso: que Thrawn había logrado convencerse de que la misión del *Amonestador* era algo más que una elaborada y costosa forma de exilio.

O tal vez el Emperador y todos los oficiales que habían dado su aprobación sabían realmente lo que estaban haciendo.

Pero casi no importaba. Con esas cuatro generaciones de servicio a sus espaldas, todavía seguía habiendo sólo una decisión posible.

Miró de nuevo al rostro de Thrawn.

—Almirante, le recomiendo llamar a un escuadrón de soldados de asalto al puente —dijo—. Podría haber problemas.

—Sí, lo sé. —Thrawn miró por encima de su hombro—. Creo que los problemas ya han llegado.

Niriz se volvió. El general Haverel había vuelto y estaba marchando impasible hacia ellos, con una formación de seis soldados vestidos de negro tras su estela.

A mitad de la pasarela de mando, el general indicó a los soldados que se detuvieran y continuó acercándose a ellos solo.

—Almirante Thrawn —dijo sin preámbulos—. En el nombre del Imperio, pido que ceda el mando del *Amonestador* al capitán Niriz, y que permita que estos soldados le escolten a su camarote.

Niriz miró por encima del hombro de Haverel a los soldados. Sus rostros mostraban la expresión de los hombres que habían recibido órdenes con las que estaban de acuerdo, pero que al mismo tiempo encontraban muy desagradables. Detrás de ellos, los oficiales y tripulantes en las trincheras de tripulación continuaban con sus funciones, aparentemente ajenos a lo que sucedía ahí.

—Ya veo —dijo Thrawn con calma—. Confío, general, que haya pensado detenidamente en esto.

—Hay hombres allá afuera —dijo Haverel con dureza—. *Mis* hombres. No voy a abandonarlos sin más.

—Su lealtad es admirable —dijo Thrawn—. ¿Cómo propone que los rescatemos?

—Tal vez deberíamos intentar atacar —dijo Haverel, con voz llena de sarcasmo—. Se supone que un Destructor Estelar Imperial es bastante bueno para eso.

—Ya basta, general —dijo Niriz.

—No, déjele continuar —dijo Thrawn—. Muy bien, general, nos ponemos a plena potencia y atacamos. ¿Cuánto tiempo cree que tardaría Creysis en matarlos a todos cuando nos vea dirigiéndonos hacia él? O, alternativamente, ¿cuánto tiempo le llevaría a calcular un salto a la velocidad de la luz y dejarnos atrás?

La mejilla de Haverel tembló de nuevo.

—Por supuesto, sería un riesgo —dijo obstinadamente—. Pero quedarnos aquí sentados sin hacer nada garantiza su muerte.

—Eso da por supuesto que, de hecho, no estoy haciendo nada —dijo Thrawn—. Pero dejemos eso a un lado un momento. ¿Propone usted tomar el mando del *Amonestador* usted mismo con seis soldados? ¿O ha sondeado a todos los 47.000 miembros de la tripulación para ver cuál es su posición?

—No les gusta lo que está pasando más que a mí —exclamó Haverel—. Muchos de ellos se pondrán de mi parte.

—¿En serio? —Thrawn desvió la mirada hacia Niriz—. ¿Está de acuerdo, capitán?

Niriz se cruzó de brazos.

—No, almirante —dijo—. No creo que mis oficiales apoyen un motín. —Se obligó a mirar a Haverel—. Ni tampoco yo.

Durante un largo rato nadie habló.

—Lo siento —dijo Haverel al fin—. Esto es algo que tengo que hacer.

Empezó a levantar la mano…

—¡Almirante! —exclamó el oficial del sensor desde la trinchera de tripulación—. Ocho de los cazas han salido de la formación, dirigiéndose en diferentes vectores.

Niriz volvió a mirar por la ventana. Sólo pudo ver fugazmente las estelas de los motores alejándose de la flota de Creysis antes de que los ocho cazas saltaran a la velocidad de la luz.

—¿Tenemos vectores de salto para todos ellos? —preguntó Thrawn.

—Sí, señor —respondió el oficial—. Espectro Dos indica que el objetivo principal ha partido en el vector setenta y uno punto cinco.

Niriz parpadeó. No se había dado cuenta de que Thrawn hubiera lanzado ninguna de sus lanzaderas de asalto con equipos de sensores y sigilo.

—¿Qué están haciendo los Espectros ahí fuera? —preguntó.

—Esperar precisamente este momento —dijo Thrawn, y no había duda de la macabra satisfacción en su voz—. Oficial de comunicaciones, contacte en frecuencia cuarenta y seis. Mensaje: Ahora.

Niriz miró a Haverel, que parecía tan confundido como él mismo se sentía.



—Almirante, si esto es algún intento tardío de mostrar un poco de determinación…

—No es tardío en absoluto, general —lo interrumpió Thrawn—. Es exactamente el momento adecuado. Quiero tres pelotones de sus soldados en el hangar dentro de diez minutos. Allí ya hay dos escuadrones de soldados de asalto… los llevarán a su posición correcta.

La mejilla de Haverel tembló.

—Sí, señor. —Se volvió, indicando a los soldados que fueran delante de él, y se dirigió hacia el puente de popa.

—Su turno, capitán —continuó Thrawn—. Ordene al timonel que vaya a máxima potencia y ocupen sus estaciones de batalla. —Sus ojos brillaban—. La farsa ha terminado. Es hora de mostrarles quién y qué somos en realidad.

Por reflejo, Niriz se puso completamente en posición de firmes.

—Recibido, almirante. —Levantó la voz—. Timonel: avante toda. Zafarrancho de combate.

***

Ya llevaban casi veinte minutos sentados en la cubierta del hangar, desde que las puertas de las escotillas exteriores se habían cerrado detrás de la lanzadera y los alienígenas los habían empujado allí sin contemplaciones, y las piernas de Parck estaban comenzando a sentir la tensión. Poco a poco, con cuidado, trató de adoptar una postura diferente…

El cañón de una pesada arma de fuego le golpeó contra el costado de la cabeza a modo de advertencia.

—No te muevas —siseó el alienígena.

Uno de los soldados sentados frente a Parck se agitó, ensombreciendo el rostro mientras miraba al guardia.

—Paciencia —murmuró Parck, en caso de que el otro estuviera pensando en intentar algo estúpido o desesperado. El tiempo de actuar, le había dicho Thrawn, vendría sólo después de que la gente de Creysis hubiera tenido tiempo de examinar la lanzadera y el caza TIE dañado que habían traído a bordo.

Por el aspecto de las cosas, ese tiempo debía de estar cerca. La lanzadera en sí había sido examinada sólo superficialmente, pero el TIE había sido prácticamente desmontado. El piloto, el teniente Klar, había estado allí con los alienígenas la mayor parte del tiempo, con un par de armas clavadas en las costillas mientras continuaban su interrogatorio. Desde donde estaba sentado, Parck no podía oír bien las preguntas o las respuestas de Klar; sólo podía esperar que Thrawn hubiera instruido al piloto en lo que podía o no decirles.



Al otro lado del camino, una puerta se abrió como un diafragma y Creysis entró en el hangar. Parck lo miró mientras avanzaba pesadamente hacia el grupo de presos, pero la expresión del alienígena era imposible de leer.

El esfuerzo resultó ser innecesario.

—Parck —siseó, con esos repulsivos tentáculos de la boca moviéndose más de lo habitual—. De modo que estaba diciendo la verdad. Qué estúpido de su parte.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Parck.

—Su nave es realmente un *po'dorj*, madura para la cosecha —dijo Creysis, señalando con su codo en dirección a la escotilla exterior—. Lenta y débil y llena de cosas buenas. Pronto estará en garras de los ebruchi.

—Ah —asintió Parck—. Así que así se llaman ustedes, ¿verdad? ¿Los Ebruchi? Nos estábamos preguntando acerca de eso.

Los tentáculos de la boca detuvieron momentáneamente su movimiento.

—¿No me escucha, Parck? —preguntó—. Digo que vamos a llevarnos su nave espacial y todo lo que poseen.

—¿Con qué? —resopló Parck—. ¿Con las naves que tiene aquí? No sea ridículo.

—Todos los ebruchi estarán pronto aquí —gruñó Creysis, o lo más parecido a un gruñido que podía emitir el alienígena con el siseo crónico de su voz—. Justo ahora han partido mensajeros a convocarlos para la matanza.

Parck asintió con la cabeza, llenándose de una cálida sensación de satisfacción. Satisfacción, y la habitual admiración por su comandante. Una vez más, como lo había hecho tantas veces antes, Thrawn había anticipado hasta el último detalle los movimientos de su oponente.

—¿Y qué le hace pensar que el *Amonestador* seguirá aquí cuando lleguen? —preguntó.

—Porque incluso ahora continúa persiguiéndonos —dijo Creysis—. Tontamente, porque es demasiado lento para atraparnos. Piensan rescataros del festín de la victoria ebruchi. En lugar de eso, van a perderlo todo.

Parck tragó saliva. Un festín de la victoria ebruchi. ¿Significaba eso lo que él temía que significaba?

—¿Qué clase de festín?

El presuntuoso alienígena nunca tuvo la oportunidad de decírselo. Desde el otro lado de la habitación, uno de los otros ebruchi gritó de repente.

Creysis se volvió y saltó hacia él, moviéndose a una velocidad sorprendente para una criatura de su corpulencia.

—¿Qué está pasando? —murmuró uno de los soldados.

—El almirante debe de haber hecho su movimiento —murmuró Parck en respuesta, mirando a los guardias con el rabillo del ojo. En ese momento su atención estaba en la animada conversación que tenía lugar al otro lado del hangar, pero eso no iba a durar mucho más tiempo—. Como conjetura, diría que descubrieron de repente lo rápido que puede viajar el *Amonestador* en realidad.

El soldado miró a los guardias.

—Entonces, ¿qué se supone que debemos hacer?

Parck sonrió.

—Sólo prepárate para agacharte.

Y con una puntualidad altamente gratificante, el lado de la lanzadera Zeta directamente sobre el depósito de combustible de estribor voló por los aires.

Y una docena de soldados de asalto se extendió por el hangar alienígena.



La primera ráfaga sincronizada de fuego bláster eliminó a los guardias que vigilaban a los soldados sentados.

—¡Klar! —gritó Parck, señalando al otro lado de la habitación, donde el piloto del TIE permanecía junto a su caza desarmado.

Pero Klar ya se había echado al suelo de la cubierta, y la segunda andanada de los soldados de asalto acabó con los sorprendidos alienígenas que estaban a su lado.

—¿Comandante Parck? —llamó uno de los soldados de asalto.

—Estamos todos aquí —confirmó Parck, poniéndose en pie de un salto y casi cayendo de nuevo cuando los fatigados músculos de sus piernas trataron de obstaculizar su movimiento—. Esa puerta es la única salida del hangar.

—Bien —dijo el soldado de asalto. Seis de sus hombres ya estaban moviéndose para tomar posiciones defensivas junto a la puerta, mientras que otros dos estaban ocupados colocando explosivos para volar la escotilla exterior—. Que sus hombres suban a bordo de la lanzadera.

—Ya lo habéis oído, soldados —exclamó Parck—. Moveos.

***

—Están tratando de rodearnos, almirante —exclamó Niriz, mirando por la ventana—. Sus treinta cazas restantes. Definitivamente una formación de ataque.

—Recibido, capitán —dijo Thrawn, volviendo hacia adelante por la pasarela de mando después de su breve conversación privada con el oficial de comunicaciones en su trinchera de tripulación—. Lancen un escuadrón de cazas TIE para interceptarlos.

—Sí, señor —dijo Niriz, haciendo un gesto para confirmar la orden al oficial de control de combate—. ¿Cree que un escuadrón será suficiente?

—Más que suficiente —le aseguró Thrawn—. Con ese tipo de números, es más importante para nuestros pilotos para poder mantenerse fuera del camino unos de otros.

—¿Incluso con los alienígenas plenamente conscientes de las capacidades de los cazas TIE?

Thrawn sonrió.

—No son conscientes de las capacidades de los cazas TIE, capitán. Son conscientes de las capacidades del caza TIE del teniente Klar. Hay una diferencia considerable.

—Ah —dijo Niriz, comprendiendo al fin. Así que de eso se trataba ese misterioso retraso de tres horas. En lugar de cargar tecnología adicional a bordo del TIE del teniente Klar como parte de un acuerdo secreto con Creysis, como Haverel había temido, Thrawn había estado eliminando partes críticas de lo que ya estaba allí.

La formación de TIEs estaba cerca de la nube de cazas enemigos que se acercaba, superados en proporción de tres a uno por naves con cuatro veces su tamaño. Inconscientemente, Niriz contuvo el aliento.

Y entonces las dos fuerzas chocaron, y los TIEs atravesaron el frente de ataque de la fuerza de choque enemiga como las emisiones de escape de un motor fundiendo la nieve. Once de los doce cazas alienígenas que se encontraban en el punto de mira se convirtieron instantáneamente en bolas de fuego con la primera andanada de los imperiales; el duodécimo duró lo suficiente como para desplazarse de lado contra uno de sus compañeros con un violento choque que se llevó por delante a ambas naves. El ataque alienígena vaciló, con su arrogante confianza convirtiéndose claramente en repentina confusión. Tomando ventaja de la duda, los TIEs dieron media vuelta con la precisión de un desfile, lanzando un ataque igualmente devastador contra la retaguardia de la formación enemiga.

—Excelente —dijo Thrawn con aprobación—. Mis felicitaciones, capitán; su trabajo con los pilotos en los últimos días ha valido la pena.

—Almirante, ahora registramos una lanzadera Zeta —exclamó el oficial de sensores—. Alejándose de la nave de mando.

—Que los cazas TIE despejen una vía de escape para ellos —ordenó Thrawn—. Todas las baterías turboláser, disparen a los cazas enemigos a voluntad, pero dejen intacta la nave de mando. Timonel, preparado para saltar a la velocidad de la luz; el objetivo es el primer sistema a lo largo del curso vector setenta y uno punto cinco. Estaciones de tractores, fijen los rayos en la nave de mando enemiga. Quiero que la tomemos intacta.

El cielo fuera del ventanal empezó a iluminarse con los disparos de los turboláseres pesados del *Amonestador*, y la ya descompensada batalla se convirtió en una derrota aplastante. La nave de mando de Creysis trataba desesperadamente de escapar, zigzagueando como un pez herido mientras su pantalla de cazas se desintegraba literalmente bajo ella y a su alrededor. Pero no tenía ni de lejos la velocidad del

Amonestador, y en cuestión de segundos el Destructor Estelar se había acercado a rango de captura.

—Activen rayos tractores —instruyó Thrawn.

—Activados —informó el oficial de tractor, mirando a la pantalla sobre los hombros de sus subordinados—. La conexión… es buena. Los tenemos, señor.

—Recoja el sedal, teniente —ordenó Thrawn—. Ordene a los soldados del hangar que se preparen para abordarlos. Que todos los cazas TIE rompan formación y regresen.

Tres tensos minutos después, estaba hecho.

—La bahía del hangar informa de fijación de acoplamiento positiva en la nave, almirante —dijo el oficial de comunicaciones—. Los soldados de asalto se han abierto paso en tres lugares; el abordaje ha comenzado. Todos los cazas TIE han regresado sin bajas.

—¿Timonel?

—Salto calculado y previsto, señor —respondió rápidamente el oficial—. Tiempo estimado para el sistema de destino, dos punto cinco minutos.

—Recibido —dijo Thrawn—. Timonel: salte a velocidad de la luz. Control de cazas…

Se escuchó el creciente zumbido lejano de la hipervelocidad, y las estrellas del exterior hicieron su familiar explosión surrealista convirtiéndose en líneas estelares.

—Control de cazas, confirme que todas las alas de TIEs están listas para el lanzamiento —continuó Thrawn—. Personal de turboláser, hagan una doble comprobación previa de combate.

Niriz señaló con la cabeza hacia el cielo moteado del hiperespacio exterior.

—¿Qué espera encontrar ahí fuera? —preguntó.

—La persona a la que Creysis rinde cuentas, por supuesto —dijo Thrawn—. A pesar de sus bravatas anteriores, él no es el gobernante de nada. Y mucho menos el señor de todo lo que ve.

Niriz frunció el ceño.

—¿Está seguro?

—Mucho —le aseguró Thrawn—. Un auténtico comandante nunca aceptaría una invitación a subir a una nave desconocida y posiblemente peligrosa. Tampoco se quedaría en las cercanías tanto tiempo después de capturar nuestros vehículos y hombres, huyendo de nosotros en vez de saltar a la velocidad de la luz. Se presentaba deliberadamente a sí mismo como un objetivo, con la esperanza de obligarnos a revelar las capacidades completas del *Amonestador*.

—Lo que, por supuesto, usted era lo suficientemente inteligente como para no darle —dijo Niriz, haciendo una mueca de vergüenza por lo mal que había malinterpretado toda la situación.

—Sí —dijo Thrawn. Simples hechos, sin ningún matiz de orgullo o de reproche en su voz—. Creysis es un subordinado. Pero es un subordinado ambicioso, dispuesto a

arriesgar su propia vida y la de sus tropas con el fin de reunir la mayor cantidad de información posible antes de llamar al resto de la manada para la matanza.

—Está bien —dijo Niriz, arrugando la frente por la concentración—. Lo entiendo. También entiendo que tiene sentido táctico que llevemos la batalla directamente a su cuartel general en lugar de esperar a que reúnan toda su fuerza contra nosotros. Pero Creysis envió ocho cazas, en ocho vectores diferentes. ¿Cómo sabe que este es el camino a su cuartel general?

—Todo se reduce a una vez más a la información, capitán —dijo Thrawn, con el tono de un instructor de academia tratando de obtener la respuesta correcta de un estudiante—. Hemos establecido que Creysis es del tipo de persona que enviaría toda la información que su comandante podría querer o necesitar. No sólo que ha encontrado un objetivo débil y prometedor… —Levantó una ceja.

Y de repente Niriz lo comprendió.

—No sólo que ha encontrado un objetivo prometedor —dijo—, sino también pruebas palpables de lo prometedor que es ese objetivo. Esa escultura que le dio tenía un transpondedor integrado en ella, ¿no?

—Muy bien, capitán —dijo Thrawn, y había realmente una nota de aprobación en su tono—. ¿Timonel?

—Noventa segundos, almirante —dijo el oficial.

—Que todas las estaciones informen —ordenó Thrawn—. Quien quiera que nos encontremos aquí, estará en proceso de movilizarse para ir en ayuda de Creysis. Cuando salgamos del hiperespacio, saldremos luchando.

Noventa segundos después, lo hicieron.



***

La puerta de su habitación se abrió y Niriz levantó la vista, esperando ver al Almirante Thrawn entrar al interior.

Era, en cambio, el comandante Parck.

—¿Tiene un momento, capitán? —preguntó.

—Probablemente vaya a tener una gran cantidad de momentos —dijo Niriz, reprimiendo un suspiro mientras indicaba al otro que pasara—. ¿Es eso lo que ha

venido a decirme?

—No exactamente —dijo Parck—. En realidad, estoy aquí para decirle que el almirante le ha rechazado. ¿Puedo sentarme?

Niriz frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir, me ha rechazado?

—Exactamente eso —dijo Parck, tomando una silla y sentándose en ella—. No acepta su renuncia como capitán del *Amonestador*.

—Eso es ridículo —gruñó Niriz, sin saber si sentirse aliviado o indignado—. He debatido un motín con otro oficial de alto rango; eso es un delito merecedor de consejo de guerra. Si no me va a enviar de vuelta a Coruscant con Haverel, como mínimo tiene que degradarme.

—Como se habrá dado cuenta, Thrawn no siempre se considera obligado a seguir el manual —dijo Parck secamente—. Además, todo lo que usted hizo fue hablar de ello. Cuando llegó la crisis, tomó la decisión de mando de alinearse con él. Eso es lo que cuenta.

—¿Lo es? —preguntó Niriz—. Está bien; de modo que me he puesto de su parte esta vez. ¿Y la próxima vez que saque uno de estos trucos? ¿Cómo sabe que será capaz de confiar en mí, entonces?

Parck le dedicó una mirada extraña.

—Lo está entendiendo al revés, capitán —dijo—. Usted es un oficial honorable, de una orgullosa familia de un mundo del Núcleo. Nunca hubo ninguna duda en la mente de Thrawn de que podía confiar en usted.

—Podrían haberme engañado —gruñó Niriz, volviendo a pensar en su conversación con Thrawn en el puente—. Si él confía en mí tanto, ¿por qué no me hizo partícipe de lo que estaba haciendo?

—Oh, estaba usted demostrando que era digno de confianza, desde luego —le aseguró Parck—. Pero no se lo estaba demostrando a Thrawn. Se lo estaba demostrando a usted mismo. —Se volvió para mirar en dirección a la proa del *Amonestador*—. Hay cosas tremendas por ahí esperando a ser descubiertas, capitán. Nuevas especies, ricos mundos listos para ser tomados, y un número inconmensurable de posibles amenazas contra el Imperio. Nuestro trabajo es encontrar esas amenazas, identificarlas… y eliminarlas. —Volvió a mirar a Niriz—. Y es por eso que estamos aquí. Porque Thrawn es el mejor.

Niriz lo miró.

—De modo que está diciendo que todo esto en realidad no era simplemente las consecuencias de una batalla política.

Parck resopló.

—No lo creo. Estoy seguro de que los enemigos de Thrawn pensaban así, pero como siempre estaban por lo menos tres pasos por detrás de él y el Emperador. No, Thrawn ha estado esperando llevar la presencia imperial a las Regiones Desconocidas durante un largo tiempo. Sus enemigos meramente proporcionaron una excusa conveniente para que

el Emperador le enviara aquí sin que nadie supiera la verdadera razón detrás de ello. Con el tiempo, dependiendo de lo rápido que el Emperador pueda barrer todas esas pequeñas revueltas, tendremos cada vez más naves y hombres para ayudarnos. Plantando bases y guarniciones; tal vez incluso algunas colonias a mayor escala. —Sonrió distraídamente, con una mirada perdida en sus ojos—. El Imperio está en movimiento, capitán. Y somos nosotros los que lo estamos impulsando.

Durante unos minutos ninguno de ellos habló. Luego, encogiéndose de hombros brevemente como si sacudiera una agradable ensoñación, Parck se puso en pie.

—Supongo que será mejor que volvamos al puente —dijo—. Los interrogatorios de los piratas supervivientes pronto deberían terminar, y querremos estar disponibles cuando el almirante esté listo para discutir nuestros siguientes pasos.

—Sí —convino Niriz, poniéndose en pie con un entusiasmo interno que no había sentido en años. Sí, sin duda, su carrera estaba oficialmente en ruinas allá en Coruscant. Pero eso estaba bien. A lo que se enfrentaba ahora, probablemente fuera mucho más interesante—. Después de usted, comandante.